

www.elboomeran.com

Rosa Ribas

La luna en las minas

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Montse, mi madre, que siempre
ha dicho que soy algo lunática.*

*For the werewolf, for the werewolf
Have sympathy cause the werewolf
He's somebody like you or me*

*Once I saw him in the moonlight
When the bats were flying
All alone I saw the werewolf
And the werewolf was crying*

MICHAEL HURLEY, *The Werewolf*

Había aullado de hambre toda la noche. A la madre se le había cortado la leche.

El padre se acercó a la cuna y lo miró. Las frazadas revueltas parecían a punto de engullirlo, pero se resistía, apretaba con fuerza los puños diminutos. Lo levantó con morosidad, esperando una voz que lo detuviera. La criatura abrió los ojos. Esos ojos. Las ojeras debajo, un presagio de luto si él no hacía nada.

Lo envolvió para protegerlo del frío. Era febrero y una gruesa capa de nieve cubría las calles del pueblo. Hizo un fardo prieto, el llanto cesó y lo sucedió una queja aguda, como la de los gatitos cuando los metían en un saco para tirarlos al pozo. Percibió tras de sí un roce entre las sábanas, ella se movía, tal vez dejaba de darle la espalda a esa cuna odiada. Cargó el fardo en el brazo derecho y se volvió. Despeinada y amarillenta, su mujer reptaba para sentarse. No le quitaba la vista de encima, pero seguía muda. Él avanzó hasta la puerta. Antes de abandonar el dormitorio, se giró de nuevo para que viera a la criatura.

—Llévatelo. —Tenía la voz rasposa, como si no solo se le hubiese cortado la leche, sino que se hubiera secado toda—. ¡Vete! ¡Llévatelo! —Un grito de papel de lija antes de cerrar los ojos.

Salió.

Bajó la escalera de piedra que llevaba a la planta inferior. Sus dos hijos se habían apostado frente a la puerta de la casa. Dos pequeños centinelas temblorosos. El mayor tenía seis años; el pequeño, tres. Cogidos de la mano, miraban el bulto del que salía un débil sonido. Se caló el sombrero de fieltro sin soltar al bebé, ya que veía en los ojos de los hermanos la decisión de arrebatarlo, y se plantó delante de ellos. El mayor levantó la vista implorante; el pequeño bajó la cabeza para contemplar sus recias botas engrasadas con manteca. En uno reconoció su mismo remolino de pelo en la coronilla; en el otro, la forma de la nariz. También la boca, el grueso labio inferior que temblaba al hablar.

—No se lo lleve, padre.

Le respondió que era mejor para todos.

—Por favor, padre.

Le dijo que era mejor también para la criatura que, de lo contrario, moriría.

—No es culpa de Ximo, padre. Fue la bestia que entró en la casa y...

Y calló para siempre al recibir la bofetada.

—No se contradice tres veces a un padre —le gritó al hijo, mientras se lo gritaba a sí mismo para convencerse de que esa y no otra había sido la razón de su manotazo.

El golpe lanzó al mayor hacia la derecha y lo arrancó de la mano del pequeño, quien se apartó hacia el otro lado mientras repetía en un murmullo «fue la bestia, yo lo oí, fue la bestia», y se cubría la cara con el brazo recién liberado. Él hizo como si no lo hubiera oído pronunciar las palabras prohibidas y abrió la puerta. Los hijos quedaron dentro, pegados a la hoja. Dos pequeños centinelas inanes.

El llanto del bebé arrancó de nuevo al salir de la casa, como si supiera que no iba a volver nunca más. El padre había cargado las alforjas de la mula con ropa para la criatura.

La había cogido sin fijarse en si era grande o pequeña, gruesa o delgada; ni siquiera en si los otros dos todavía la necesitaban. Ya les traería cosas nuevas cuando bajase a Castellón. Había metido también unas mantas, una piel de borrego y, cada vez más confuso, incluso una boina que había sido de su suegro.

Bajó la calle empinada al final de la cual vivían. La nieve de la noche estaba todavía intacta y acolchaba sus pasos y los de la mula. Aun así, el crujido lanoso debajo de las botas proclamaba a cada paso las sílabas de su vergüenza.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

El sonido que debía de acompañar el resto de su vida a los padres cobardes de los cuentos.

Se detuvo un momento al llegar a la esquina de la plaza. También estaba desierta, si bien cruzada por huellas madrugadoras de personas y animales. Dio un suave tirón a la brida de la mula y siguió caminando.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

Estuvo a punto de dar media vuelta para dejar de oír esas sílabas. No lo hizo. Un paso más, otro y otro.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

La enorme sombra que proyectaba una iglesia desmesurada en un pueblo tan pequeño no era lo bastante oscura para ocultarlo a él con su paquete en brazos. En la fachada, siete hornacinas: dos entre los pares de columnas que flanqueaban la puerta; cinco alineadas sobre el portal. Todas vacías. Ningún santo que le ofreciera una mirada de indulgencia o le levantase un dedo amonestante.

El chirrido de unos goznes que despertaban entumecidos le hizo volver la cabeza a la izquierda. La dueña de la tienda de ultramarinos, al otro lado de la plaza, salía a barrer la nieve y, tras un saludo mudo, se quedó observándolo con los brazos cruzados y la cabeza ladeada como un gajo.

Pasó de largo.

Un mensajero invisible había avisado a los vecinos. A pesar de la hora temprana, los visillos se apartaron sin disimulo en una de las casas de la calle Mayor.

Pasó de largo.

Bajo las arcadas, la sombra de la boina sobre los ojos del viejo panadero fingía la indiferencia con que se contempla todo aquello de lo que se hablará después en voz baja.

Pasó de largo.

Unas casas más adelante se abría la puerta de la taberna y dejaba escapar una vaharada de tabaco y vino. El remolino de rumores acres encerrados allí toda la noche le rozó los oídos antes de morir en el aire helado. Es el hijo de... dicen que la bestia... dicen que los ojos... dicen que la madre... dicen que... vergüenza. Oprobio.

Pasó de largo.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

Al doblar la esquina para tomar el camino al *mas*, dos mujeres enlutadas, cobijadas detrás de la hoja baja del portón de la casa, se santiguaron al verlo con el bulto gimiente en el brazo derecho. Mudas, como su esposa, como el pueblo entero, mientras él estuviera presente para mirarles a la boca. A su espalda las voces se arrastrarían unas a otras con el estrépito sordo de los aludes. Míralo, míralo, se lo lleva a la madre, al *mas*, fuera, lejos de Vistabella.

Pasó de largo.

La nieve cubría los tejados, los alféizares, los arcos de piedra de las puertas; de algunos balcones colgaban afilados carambanos. Dejó atrás las calles angostas y las casas apretujadas, apoyadas unas en las otras como si temieran caer cuesta abajo. Tomó el camino de San Juan de Peñagolosa.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

Para llegar al *mas* tenía que pasar por delante del cementerio. Trató en vano de acelerar el paso. La cruz de piedra sobre una columna frente a la portada de acceso estaba torcida,

vencida por el peso del frío, que también aplastaba las tejas de la ermita contigua. En el campanario vacío, una urraca que lo seguía desde que había abandonado el pueblo lanzó un graznido áspero, como la voz de su esposa. Se detuvo en seco. Le había parecido vislumbrar una sombra deslizándose entre la pared del cementerio y el porche de la ermita. Esta vez fue la mula, llevada por la inercia del paso, la que lo obligó a seguir. Temeroso de que los muertos le reclamasen lo que casi era suyo, empezó a cantar. Sería la única vez que cantaría a ese hijo. La vibración del pecho del padre lo despertó. El bebé emitió un gorjeo. Sería el único sonido de gozo que el padre iba a escucharle. Pasó de largo del cementerio.

Tras cruzar unos bancales en los que incluso los resquicios entre las piedras estaban cubiertos de nieve, llegó al bosque y dejó de cantar. Los pies se le hundían y tenía que arrancarlos a la fuerza de una masa húmeda empeñada en dificultarle cada paso. Date la vuelta. Regresa. Date la vuelta. Decían ahora los crujidos bajo sus botas.

Morirá. Lo dejará morir. Respondía cada vez.

Apretado contra su pecho, el bebé dormía.

La urraca lo seguía y marcaba su camino en el aire; cada graznido negro un insulto, para que todos supieran. Por ahí va. Se aleja. Por ahí va. Se lo lleva. Volverá con las manos vacías.

Tomó la pista de tierra que llevaba al *mas* en el que se había criado. Avisada por las voces de la urraca, la abuela se había asomado y lo vio acercarse. Una mancha negra al principio; después distinguió la figura humana y la mula que se movían penosamente en la nieve. Reconoció a su hijo; le pareció, por la posición del brazo, que portaba algo, pero no podía imaginarse que le traía a un nieto. Y, a pesar de que ella se sentía demasiado vieja para criar a un niño, no estaba dispuesta a que muriera de hambre porque la nuera le tuviera miedo.

Porque sentía que con cada gota de leche le robaba la vida, decía, porque estaba maldito, decía.

— Porque tiene esos ojos... — añadió el padre mientras dejaba el fardo en los brazos de la abuela.

En ese momento la criatura se despertó y la miró. La abuela se estremeció, pero lo apretó con más fuerza contra su cuerpo.

— Entonces, que sepas que renuncias a él.

Él había asentido sin poder apartar la mirada de la criatura.

— A partir de ahora este niño será mío, el mío. Los otros ya no me interesan en absoluto. Y ahora, vete — le ordenó a su hijo.

También le dijo que se llevara toda la ropa que había traído.

— Si me vive, yo le haré y le compraré ropa nueva.

Lo mantuvo con vida con leche de oveja diluida hasta que consiguió que lo amamantara una nodriza que hizo venir de otro pueblo durante medio año. Como ya había corrido la voz de que el padre lo había sacado de casa porque la madre le tenía miedo, la nodriza le abrió la boca para comprobar que no tuviera dientes y le pidió a la abuela un pago más alto y quedar libre de hacer tareas pesadas en la casa. Mientras lo amamantaba le tapaba los ojos con un pañuelo. Por si acaso.

Y los rumores fueron creciendo a la par que el niño. Porque tenía los ojos verdes y el pelo de color pajizo, porque aprendió muy pronto a caminar, porque era algo más pequeño que otros niños de su edad, pero más fuerte que otros mayores, porque hablaba poco y miraba con fijeza.

Porque todos recordaban la noche en que la bestia había entrado en la casa de la familia, esa en la que él no vivía.

Apto. Apto. Apto.

Y, sin embargo, no lograba marcharse. Dos meses había tardado en recibir la aprobación para emigrar. Había encontrado el sobre arrugado aleteando como un insecto atrapado entre la hoja y el marco de la puerta. La fecha de la carta era de hacía diez días. La carta y el repartidor se habían tomado su tiempo hasta llegar al *mas*.

El médico había dicho «apto». Lo había escrito en el informe. Apto.

Todo bien. Ojos, dientes, orejas y el cuero cabelludo. No tenía parásitos. Los médicos eran inflexibles con los que llegaban con piojos paseándose por el pelo: estaba en juego la imagen del país.

—Buenos pulmones, corazón sano. Los reflejos, perfectos.

El médico hablaba para sí mientras anotaba los resultados del examen en una hoja. Se había limitado a darle órdenes. Abra la boca, gire la cabeza, quítese la camisa, inspire, espire, baje la cabeza. «Baja la cabeza, lobito». La bajó, la giró, la levantó. «Así, lobito bueno».

El médico venía de Madrid para reconocer a los aspirantes a emigrar a Alemania. Apenas le había prestado atención mientras lo examinaba. Era uno más de la larga fila que se extendía a lo largo del frío pasillo de la sede del Instituto Español de Emigración en Castellón.

—Vista excelente, realmente extraordinaria —había dicho—. Incluso sabe usted leer.

Con él había podido hacer la prueba con letras.

Halagado, Joaquín le leyó la línea diminuta que al final del cartel decía que este había sido fabricado en Francia.

Entonces, el médico se fijó por primera vez en él. Joaquín seguía de pie con el torso desnudo y los pantalones bien sujetos con un cinturón.

—¿Lo ha leído usted desde aquí? —El médico se volvió, parpadeando hacia el cartel.

«Cuidado, Joaquín».

—Lo he visto al entrar —mintió.

—Muy gracioso.

El médico regresó al papel con sus resultados. Dientes perfectos, pelo limpio, sin parásitos, una vista excepcional, buenos pulmones, corazón sano. Cuerpo de minero, pequeño, nervudo y fuerte.

Apto.

Apto, apto, apto. Pero el Instituto Español de Emigración no convocaba plazas en Castellón. La lista de solicitantes crecía; su nombre se diluía entre los centenares de hombres y mujeres que deseaban llegar al «paraíso» alemán.

Los cuartos de la luna dibujaban sonrisas de amenaza cruel al crecer, burlonas al menguar.

Cada mes el sabor metálico de la sangre en la boca y el frío del cuerpo muerto junto al que yacía, una cabra montés, un jabato. Restos de barro entre los dedos de los pies y debajo de las uñas de las manos, jirones de carne entre sus dientes perfectos, el pelo manchado de sangre, pero sin parásitos. Una vista excepcional, buenos pulmones, un corazón sano.

Y ahí seguía.

Tres meses de espera. Si no se marchaba pronto, acabaría con un tiro entre los ojos. Los cazadores ya estaban organizando batidas.